

LA MUJER Y LA SEXUALIDAD EN LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO

Lydia Vázquez Jiménez

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

RESUMEN

Este trabajo supone un acercamiento a las teorías de la sexualidad femenina en la Edad Media y el Renacimiento, basadas en el saber científico de la Antigüedad, como el comienzo de una evolución que parte de la imagen de la mujer como un hombre imperfecto hasta llegar a la configuración de la fémmina como un ser completamente distinto, con una compleción anatómica y un comportamiento erótico diferentes a los del hombre, ya en el siglo XVIII.

PALABRAS CLAVE: mujer, sexualidad, orgasmo, Edad Media, Renacimiento, siglo XVIII.

ABSTRACT

«Woman and sexuality in the Middle Ages and the Renaissance». This work approaches the theories on female sexuality which the Middle Ages and the Renaissance received from the former scientific tradition. This ancient legacy included issues such as that of the conception of woman as an imperfect man, which by the eighteenth century might have evolved into that of woman as a completely distinctive creature, with an anatomic complexion and erotic behavior different from the male ones.

KEYWORDS: woman, sexuality, orgasm, Middle Ages, Renaissance, eighteenth century.

INTRODUCCIÓN

El discurso de orden en la Edad Media relativo a la sexualidad en general y a la sexualidad femenina en particular se inspira ampliamente en la Antigüedad, en el saber médico y en las teorías filosóficas. En este sentido, las aportaciones esclarecedoras de José Luis Canet nos han permitido confirmar que ambas vertientes del saber clásico se conjugan en la Edad Media para configurar la imagen de la mujer





como el equivalente imperfecto del hombre¹. Pues bien, en el siglo XVIII la mujer se ha convertido en un ser completamente diferente del hombre, en un animal histérico cuyo cuerpo, completamente disímil al del varón con el que se aparea, no es sino un envoltorio que alberga en su interior un ser extraño y caprichoso, la matriz².

Ciertamente, la matriz, el útero, es conocido desde la Antigüedad como ente dotado de una motilidad y una voluntad propias (la idea expuesta en el «Timeo» de Platón³ será sistemáticamente relanzada en la Edad Media y el Renacimiento⁴), pero los grandes teóricos de la mujer, empezando por Hipócrates, creen que se trata del comportamiento propio de ese escroto negativo, invertido, así conformado por las necesidades de la creación y la procreación, debido a la humedad y frialdad que caracteriza a la fémina, pero en el fondo descontento al verse reducido a la oquedad que intenta colmar por todos los medios, en búsqueda permanente de su gemelo masculino externo y/o de un embrión al que albergar y alimentar.

La construcción de la diferencia sexual que triunfará finalmente en el siglo de las Luces y que se mantiene hasta nuestros días, no se hará de la noche al día. Pero la inercia ideológica hará que persistan los antiguos supuestos, coexistiendo con descubrimientos y nuevas teorías, hasta más allá de la Revolución francesa⁵.

¹ J.L. CANET, «La mujer venenosa en la época medieval», en *Parnaseo*, revista digital del LEMIR, de la Universidad de Valencia, 1996: http://parnaseo.uv.es/lemir/revista/revista1/Mujer_venenosa.pdf.

² L. VÁZQUEZ, *L'Orgasme féminin au XVIII^e siècle. Libération ou nouvel asservissement?*, La Rochelle, Himeros, 2014.

³ «En las mujeres lo que se llama matriz o útero es un animal que vive en ella con el deseo de hacer hijos. Cuando permanece mucho tiempo estéril después del período de la pubertad apenas se le puede soportar: se indigna, va errante por todo el cuerpo, bloquea los conductos del aliento, impide la respiración, causa una molestia extraordinaria y ocasiona enfermedades de todo tipo» PLATÓN, «Timeo» (360 a.C., (91, b, c) en *Diálogos*.

⁴ Ambroise Paré (1510?-90), nombrado médico real por Catalina de Médicis, publica en 1585 sus *Obras* y en el capítulo «Sobre la generación» (p. 990) puede leerse: «La matriz tiene sentimientos propios, estando fuera de la voluntad de la mujer; de manera que se dice que es un animal, a causa de que se dilata y se contrae más o menos, según la diversidad de las causas. Y cuando ella desea, se estremece, se mueve haciendo perder la paciencia y la razón a la pobre hembra [que la porta], causándole un gran guirigay». En <http://archive.nlm.nih.gov/proj/ttp/flash/pare/pare.html>. Trótula de Salerno (1090-1160), también conocida como *Trótula* di Ruggiero (fue primero estudiante y luego profesora de la Escuela Médica *Salernitana*), hace también suya la teoría de la migración uterina.

⁵ Ciertamente, H. KING [«The mathematics of sex: one to two, or two to one?», *Studies in Medieval and Renaissance History*, 3.^a serie, vol. 2 (2005), p. 47-58], entre otros especialistas que nos han procurado estudios recientes sobre el tema, insiste, contra T. LAQUEUR (*Making sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1990), en que hay una diversidad de concepciones del cuerpo humano femenino en la *Colección hipocrática* de la que iba a inspirarse Galeno, lo cual no lleva a «cuestionar definitivamente la teoría del historiador Thomas Laqueur», como afirma demasiado tajantemente L. MCTAVISH («L'ambivalence du corps féminin en France au début de l'époque moderne», en AA.VV., *Femmes en fleurs, femmes en corps. Sang, Santé, Sexualités, du Moyen âge aux Lumières*, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2010, p. 189).

1. EN LA ANTIGÜEDAD FUE EL HOMBRE

Volvamos pues a la Antigüedad para ver qué concepción anatómica de la mujer perduró hasta bien entrada la época moderna. En la tradición occidental, ya sea grecolatina o judeocristiana, la mujer se concibe, pues, a partir del hombre. El canon masculino sirve a médicos, filósofos, tribunos, profetas y apóstoles de la Antigüedad para confeccionar a la mujer como hombre imperfecto. Los fundamentos de las ciencias de la vida muestran un ser humano que, para fabricarse, necesita calor. Y sucede que el hombre es caliente y la mujer fría. O, dicho de otra manera, el hombre es un ser cumplido y la mujer un ser inacabado.

La *Historia de los animales* de Aristóteles (384-322 a.C.), en el capítulo consagrado a las partes genitales del ser humano, nos enseña que «en todas las hembras, los órganos se han quedado en el interior», única diferencia con el hombre, en quien «están en el exterior»⁶.

Galeno (131-201 d.C.) insiste en la misma presunción. Ya de estudiante, se interesa particularmente por la generación de los seres⁷, pues la cree una de las vías privilegiadas para llegar al conocimiento del orden del mundo. Desarrollará definitivamente su tesis en el tratado titulado *Sobre la utilidad de las partes del cuerpo humano* (libro XIV, capítulos V y VI), donde compara el varón a la hembra: «La hembra, —afirma— es imperfecto puesto que es más fría» (158), «mas tiene los mismos órganos genitales que el hombre, pero que han permanecido interiores» (159-160), «como los ojos del topo» (161-162). Sin embargo, precisa, «la imperfección de la hembra es indispensable para la reproducción: esperma más ligero, residuo menstrual que permite la nutrición del feto en los órganos internos» (163-165). Galeno entiende igualmente probar mediante disección la teoría de Hipócrates (hacia 460-377 a.C.), de quien se considera el heredero espiritual: la anatomía de los conductos gonádicos le permite así demostrar que «el lado derecho es más caliente que el izquierdo y se nutre de una sangre más pura»; lo que verifica la teoría hipocrática de «la formación

⁶ ARISTÓTELES, *Historia Animalium* (versión latina), hacia 343 a.C., libro III, cap. I [509b].

⁷ Tiene apenas veinte años cuando escribe *De uteri dissectione*, entre 145 y 149 d.C., según él, «un pequeño opúsculo destinado a una comadrona», y que es una síntesis abreviada de las obras anatómicas de sus predecesores (*Corpus Hippocraticum*, o *Colección hipocrática*), Kühn, t. II (887-906), texto, traducción y comentario alemán de D. NICKEL, *Corpus Medicorum Graecorum*, Berlin, 1971. En la lista Littré del *Corpus Hippocraticum* aparecen citados los siguientes escritos, fuente de inspiración de Galeno: «ESCRITOS GINECOLÓGICOS, OBSTÉTRICOS Y PEDIÁTRICOS: 47. *Sobre las vírgenes* (De his quae ad virgines spectant; *Peri partheniōn*; L. VIII). 48. *Sobre la naturaleza de la mujer* (De natura muliebri; *Peri gynaykeiēs physiōs*; L. VII). 49. *Sobre las enfermedades de la mujer* (De morbis mulierum; *Peri gynaikeiōn*; L. VIII). 50. *Sobre la superfetación* (De superfoetatione; *Peri epikyēsios*; L. VIII). 51. *Sobre el parto de siete meses y Sobre el parto de ocho meses* (De septimestri partu y De octimestri partu; *Peri heptanēnou y Peri oktamēnou*; L. VIII). 52. *Sobre la embriotomía* (De embryonis excisione; *Peri enkatatomēs embryou*; L. VIII). 54. *Sobre la dentición* (De dentitione; *Peri odontophyiēs*; L. VIII)».



de los varones por el testículo derecho y la matriz derecha» (169-175)⁸. En *Sobre la Simiente*, Galeno insiste en la identidad morfológica de hombres y mujeres, creencia transmitida por médicos y estudiosos de la vida hasta, como señalaba antes, bien entrado el siglo de las Luces, y que parte del principio de reversibilidad de los órganos genitales⁹.

A finales del siglo IV de nuestra era, Nemesio, obispo de Emesa¹⁰, se posiciona a favor de dicha hipótesis, consolidándola en Occidente y también en Oriente, a través de su obra *Sobre la naturaleza del hombre*. Nemesio insiste en la capacidad de transformación de la sangre en líquido seminal y en su recorrido por el cuerpo, masculino o femenino¹¹, antes de llegar a los 'testículos'¹², tras lo cual, concluye, sentencioso: «Los órganos de la generación son los mismos en las mujeres que en los hombres; solamente son interiores en lugar de exteriores»¹³. La misma idea está presente en los textos médicos árabes difundidos a través de las traducciones toledanas del siglo XII, como el *Canon de Avicena*:

Digo que el instrumento de la generación en la mujer es la matriz (matrix) y que ha sido creado similar al instrumento de la generación en el hombre, es decir, la

⁸ GALENO, *De usu partium corporis humanis*, K. IV (1-366); nos hemos servido de la excelente versión francesa *Œuvres médicales choisies*, trad. de C. Daremberg, selección, presentación y notas por A. PICHOT, t. I, París, Gallimard, 1994.

⁹ GALENO, *De semine*, Kühn, t. IV (512-652), texto editado, traducido y comentado en inglés por P. DE LACY, *Corpus Medicorum Graecorum*, Leipzig, 1992; véase en particular *Sem. II*, v K. 634-635 L-188).

¹⁰ Nemesio, obispo de Emesa en Siria, teólogo y filósofo cristiano, nacido hacia 350, dejó un tratado titulado *La Naturaleza del hombre* (sin fecha, probablemente escrito hacia finales del siglo IV d.C. o principios del siglo V. Dicho libro, escrito en griego, traducido en latín hacia 1070 (*De natura hominis*) tuvo mucho éxito en la Edad Media, tanto en Occidente en Oriente, aunque entonces no se le atribuía a él.

¹¹ «Los órganos de la fuerza generativa son principalmente las venas y las arterias. Pues el licor espermático se forma en ellas, por una metamorfosis de la sangre, de la misma manera que la leche se forma en las mamas; y de hecho esos conductos se alimentan del licor espermático por el que han sido producidos. Las venas y las arterias operan pues la transformación de la sangre en licor espermático, mediante una especie de digestión, con el fin de nutrirse; y lo que no ha servido para su alimentación se convierte en espermatozoos. El licor espermático se dirige primero a la cabeza a través de largos circuitos, luego desciende por dos venas y dos arterias. Por ello si se corta a un animal las venas que pasan cerca de las orejas, y que son vecinas de las carótidas, se le hace estéril. Las venas y las arterias de las que acabamos de hablar forman, cerca del escroto, una red de ramificaciones serpenteantes, y de apariencia varicosa, que lleva el líquido espermático a los dos testículos. Ahí es donde dicho licor acaba de elaborarse; luego, tras atravesar las sinuosidades de los epidídimos que adhieren a los testículos, sale con el espíritu vital que recibe de las arterias. Pero se ve, por el resultado de ciertos excesos, que el licor seminal también procede de las venas, pues cuando dicho licor se agota por completo, la violencia de los esfuerzos produce un derramamiento de sangre» (NEMESIO, *De la naturaleza del hombre*, de la traducción francesa *De la Nature de l'homme*, de J.B. Thibault, París, Hachette, 1864, cap. xxv: *de la forcé générative ou spermatique*, p. 162).

¹² Afirma Galeno, en oposición a Hipócrates y Aristóteles, que los testículos acaban de transformar la sangre en simiente. Hipócrates y Aristóteles sin embargo hacen de ellos meros receptáculos.

¹³ *Ibidem*.



verga y lo que la acompaña. Sin embargo, uno de estos instrumentos es completo y está dirigido hacia el exterior, mientras que el otro es reducido y está retenido hacia el interior constituyendo, de alguna manera, el reverso del miembro viril. La envoltura de la matriz es como el escroto, el cuello (vaginal) como la verga. En las mujeres se encuentran dos testículos igual que en los hombres, pero en estos últimos son más grandes, están dirigidos hacia el exterior y tienden a adoptar una forma esférica: en las mujeres son más pequeños, de una esfericidad un tanto aplanada y están situados en el interior de la vulva.

O en *La anatomía de los órganos* de Averroes de Córdoba (Ibn Rochd, o Rushd, 1126-1198), donde se insiste en la doble emisión espermática por el hombre y la mujer, precisando solamente la diferencia de calidad del fluido seminal a favor de la del masculino¹⁴. Así pues, la analogía entre los órganos de los dos sexos será en adelante sistemática en la literatura médica medieval: la mujer aparece descrita por referencia al hombre¹⁵.

Este saber androcéntrico, basado en las teorías científicas de la analogía que conforman a un hombre y una mujer isoformes, va a prolongarse hasta el siglo XVII. En efecto, el fundamento conceptual que permite establecer esta circularidad embriogénica es el de la reducción de los órganos sexuales de la hembra al modelo formal de los del varón. Uno de los cirujanos más célebres del Renacimiento español, Juan Fragoso, lo explica así:

El hombre [...] no difiere de la mujer sino que tiene los genitales fuera del cuerpo. Porque haciendo anatomía de una doncella, hallaremos que tiene dos testículos, dos vasos de simiente, y la Madre, con la misma compostura que el miembro del hombre. Por lo cual, si en acabando naturaleza en fabricar un hombre perfecto, le quisiese convertir en mujer, no era menester más que volverle a dentro los instrumentos de la generación. Y si hecha una mujer la quisiese volver varón, con echarle la Madre y los testículos fuera, estaba hecho¹⁶.

En la misma época, Juan Huarte de San Juan, célebre médico y filósofo, se expresa en términos semejantes en su *Examen de Ingenios*¹⁷, y justifica por un exceso de calor del feto la formación de los hermafroditas y de los hombres afeminados, y por un exceso de frialdad la configuración de las mujeres masculinas:

Muchas veces ha hecho naturaleza una hembra, y lo ha sido uno y dos meses en el vientre de su madre, y sobreviniendo les a los miembros genitales copia de calor

¹⁴ A. MARTOS, *Historia medieval del sexo y del erotismo. La desconocida historia de la querrela del espermia femenino y otros pleitos*, Madrid, Nowtilus, 2008.

¹⁵ Avicena citado en D. JACQUART y C. THOMASSET, *Sexualité et savoir médical*, París, PUF, 1985; trad. castellano: *Sexualidad y Saber Médico en la Edad Media*, Barcelona, Labor Universitaria, 1989, p. 25.

¹⁶ J. FRAGOSO, *Erotemas cirúrgicas*, Madrid, 1571, reed. 1581, p. 203.

¹⁷ J. HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de Ingenios para las Ciencias*, Baeza, Juan Bautista de Montoya, 1575.



(por alguna ocasión) salir a fuera y quedar hecho varón. A quien esta transmutación le aconteciere en el vientre de su madre, se conoce después claramente, en ciertos movimientos que tiene, indecentes al sexo viril, mujeriles, mariosos; la voz blanda y melosa: son los tales inclinados a hacer obras de mujeres, y caen ordinariamente en el pecado nefando. Por lo contrario, tiene muchas veces naturaleza, hecho un varón, con sus miembros genitales a fuera, y sobreviniendo frialdad, se los vuelve adentro, y queda hecha hembra. Conoce se después de nacida, en que tiene el aire de varón, así en la habla como en todos sus movimientos y obras¹⁸.

Una de las razones mayores de esta fidelidad a los antiguos de científicos y médicos medievales de distintos horizontes es que las disecciones de cuerpos femeninos eran muy escasas y en consecuencia no se tenía sino una idea muy aproximada del interior del cuerpo de la mujer. Y a pesar de que el gran libro de Vesalio, *De humani corporis fabrica* (1543), lleva como frontispicio una lección de anatomía de una mujer, sabemos que al maestro le faltó material femenino para sus experiencias, y que tan solo pudo practicar en cadáveres de fémimas alguna que otra necropsia furtiva¹⁹.

En síntesis, Occidente, de la Antigüedad hasta el siglo XVII, a través de sus escritos oficiales, ya fueran médicos, científicos, filosóficos o patristicos, cristianos o musulmanes, conciben a la mujer fría y húmeda, con los órganos genitales a imagen y semejanza de los del hombre: con un pene en el interior de su cuerpo que se llama vagina, con un prepucio transformado en labios, con un escroto convertido en útero y con unos ovarios que aún no son tales sino testículos femeninos. La lactancia y la menstruación no suponen tampoco una diferencia con el varón, puesto que se trata simplemente de variantes femeninas de un mismo sistema de economía de fluidos²⁰ con sus maneras específicas de transformación y evacuación. Pero un punto fundamental opone a Aristóteles y Galeno: las características y la función de los fluidos seminales del hombre y la mujer.

2. LA QUERELLA DE LOS ESPERMAS

Hipócrates hace del espermatozoide el origen de la vida porque él es vida: «Esta médula que hemos llamado en nuestros discursos anteriores espermatozoide tiene un alma y respira. La abertura por la que respira le proporciona la concupiscencia vital de salir afuera. Y así es cómo la médula ha producido el amor de la generación»²¹. El espermatozoide

¹⁸ *Ibidem*, p. 374.

¹⁹ É. BERRIOT-SALVADORE, *Un corps, un destin. La femme dans la médecine de la Renaissance*, París, Champion, 1993.

²⁰ T. LAQUEUR, *Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1990; trad. francesa: *La Fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, París, Gallimard, col. «nrf essais», 2005, p. 17.

²¹ HIPÓCRATES, *De generatione*, trad. fr. *De la génération*, VIII, I, 480, ed. y trad. R. JOLY, *op. cit.* p. 49.



es la «parte más fuerte»²² del humor que se extiende por todo el cuerpo. Parte que, al calentarse, se convierte en fluida y espumosa, se dirige a la médula espinal, de ahí a los riñones, y de los riñones a los testículos [masculinos o femeninos], antes de su eyaculación²³. Y ello «debido al frotamiento del sexo y el movimiento»²⁴. Desde una perspectiva pangenética y basándose en el principio de la eficacia del fluido concentrado, cada gota de esperma vendría de una parte del cuerpo donde era sangre, y serviría precisamente para formar esa misma parte del cuerpo en el embrión: así, la gota de esperma que viene de la mano formará la mano, la pierna la que provenga de la pierna, el hígado la procedente del hígado y así sucesivamente. La teoría de la simiente única, la del varón, defendida por Aristóteles en *Sobre la generación de los animales*, sostiene que el esperma masculino es el único flujo creador. La teoría de la doble simiente, según la cual se combinan los espermatozoides masculino y femenino para procrear, ya esbozada *Corpus Hippocraticum*, se consolida en el discurso de Galeno, que va a combatir con firmeza la hipótesis aristotélica.

Así pues, si las mujeres son hombres imperfectos para todos los hombres sabios de la Antigüedad hasta el siglo xvii, no lo son de igual manera. Para Aristóteles, las mujeres tienen un defecto por naturaleza porque no producen esperma. Para el filósofo griego, en el coito entre un hombre y una mujer con finalidad de procrear, el hombre aportaría el esperma, el fluido que contiene la sustancia, la esencia vital del ser humano, su forma, es decir el alma, mientras la mujer se limitaría a contribuir a la gestación por su aportación de alimento, es decir la materia. La sangre es el alimento de los animales que tienen sangre. Y el esperma del varón y la menstruación de la hembra son la excreción excesiva de dicho alimento. La una, espermática, pura. La otra, sanguinolenta, impura, corrupta. Así pues, la mujer no solo es un hombre imperfecto; también es un hombre impuro. Es el esperma, producido en todas las partes del cuerpo del varón, el que da forma y vida a las partes del cuerpo del embrión, mientras que la sangre menstrual, retenida por el cuerpo femenino para alimentar al embrión, se limita a sustentar al feto durante los meses del embarazo. Aristóteles formula dicha teoría en unos términos que hoy pueden provocar una sonrisa, pero que son el origen de la formulación de la inferioridad de la mujer:

²² «La prueba de que es la parte más fuerte la que se separa, es que después del coito nos volvemos débiles tras eyacular una cantidad tan pequeña» en HIPÓCRATES, *De generatione*, Littré, t. VII, trad. R. JOLY, París, Les Belles Lettres, «Collection des Universités de France», 1970, I, 1 y 2, libro VII, 470 Joly 44.

²³ Aunque la teoría hipocrática acerca del esperma fuera diversificándose a lo largo de la Antigüedad, sobre todo a raíz de las divergencias sobre su génesis (encefalogénesis, hematogénesis, ésta de procedencia árabe, y muy extendida a partir del siglo XII, pangénesis —teoría procedente de Anaxágoras y Demócrito, también presentada en el *Corpus hippocraticum*, adoptada por Isidoro de Sevilla o Guillaume de Conches—), la idea de su elevado valor, y de su composición, mezcla de sangre y *neuma* (vida en estado líquido), es común a todas las teorías inspiradas en Hipócrates y dominantes durante toda la Edad Media y el advenimiento de la época moderna. Véase J. ROSSIAUD, *Sexualités au Moyen Âge*, Lyon, J.-P. Gisserot, p. 20.

²⁴ HIPÓCRATES, *De generatione*, *op. cit.*, I, 1 y 2, libro VII, 470 Joly 44.





El esperma es una excreción del alimento útil, elaborado en su último grado de perfección. [...]. En los animales que tienen sangre, es la sangre el alimento definitivo [...]. Como la simiente generadora es la excreción del alimento y del alimento final, el esperma no puede ser sino sangre [...]. Es necesario que el ser que es más débil tenga una excreción más abundante y menos madurada; y cuando así es, la cantidad de líquido sanguíneo también ha de ser considerable. Debe entenderse por más débil aquello que por su naturaleza tiene menos calor; y hemos visto anteriormente que era la organización de la hembra. De ello se deduce que la división sanguínea que tiene lugar en la hembra ha de ser también un excremento; y esa es precisamente la expulsión que se conoce como menstruación. Resulta, de toda evidencia, que las menstruas no son sino una excreción, y que las menstruas en la hembra son análogas al licor seminal del varón. Es lo que nos demuestran los fenómenos relativos a las evacuaciones menstruales. Así, el esperma viene a producirse y se elabora en los varones a la misma edad en que hacen irrupción las menstruas en las hembras. A esa misma edad muda la voz y se producen las transformaciones mamarias. También a la misma edad dejan unos de poder engendrar y las otras de tener la menstruación. Son éstas pruebas de esta secreción en las hembras no es sino la expulsión de un excremento. En general las mujeres no tienen hemorroides ni tampoco sangran de la nariz, ni sufren otras afecciones de ese mismo tipo, mientras tienen la regla; y cuando les alcanza alguna de esas dolencias, sus purgaciones mensuales son menos completas [...]. Las mujeres también tienen las venas menos pronunciadas que los hombres. Las mujeres son más rellenitas y tienen menos vello que los hombres, porque la secreción que debiera producir dichos efectos en el cuerpo pasa a la menstruación [...]. Por eso las hembras son menos coloradas que los varones; sus venas están menos marcadas; y toda la complexión de su cuerpo es inferior a la del hombre. Son estos hechos de toda evidencia. Puesto que el fluido que se produce en las hembras corresponde al licor engendrador en los varones, y como no es posible que dos secreciones espermáticas tengan lugar a la vez, está claro que, en el acto de la gestación, la hembra no aporta esperma. Si tuviera esperma, no tendría menstruas; y puesto que, en el estado actual, tiene menstruas, eso es que no tiene esperma (I, XIII, 127, a y b)²⁵.

Si la mujer tiene la regla, no puede producir líquido espermático. Ciertamente, expulsa un flujo en el momento de la cópula, pero con la única función de lubricar, de facilitar el coito, y no contiene ninguna simiente. Galeno opondrá a la teoría aristotélica otra muy diferente, partiendo de la profunda convicción de la identidad anatómica total entre el hombre y la mujer: la mujer emite, como el hombre, un fluido seminal, y es precisamente la confluencia de ambos en el momento de la copulación del varón y la hembra lo que hace posible la generación del embrión. En *De semine*, estudia la anatomía de la hembra. Admite que existe la opinión generalizada de que el esperma, puesto que si lo es —femenino—, es inútil. Demuestra la

²⁵ ARISTÓTELES, *Peri tà zôa Historiái*, en latín *De Generatione Animalium*, hacia 332-330 a.C., libro I, cap. XIII, 127 a y b. *Traité de la génération des animaux*, «traduit pour la première fois en français et accompagné de notes perpétuelles», por J.B. SAINT-HILAIRE, París, Hachette, 1883. Se puede consultar en francés, en: <http://remacle.org/bloodwolf/philosophes/Aristote/generation193.htm>.

necesidad de las dos simientes, masculina y femenina, para procrear. La semejanza del nuevo ser humano al padre o la madre se deberá al predominio de uno u otro espermatozoide en el momento del engendramiento (II, 607). Sin embargo, el que se forme una hembra o un varón no depende del predominio de uno u otro de los progenitores sino del calor, pues el varón necesita de calor para constituirse, y se forma más de prisa (II, 626)²⁶, lo que contribuye a su perfección en el momento de venir al mundo.

La querrela entre neoaristotélicos y galenistas perdurará durante toda la Edad Media y el Renacimiento, y se prolongará hasta los descubrimientos fundamentales de los óvulos (y en consecuencia de los ovarios) y de los espermatozoides (y en consecuencia de la naturaleza no espermática del flujo femenino) en los albores del siglo de las Luces. Para los neoaristotélicos, la mujer se parece a un niño por su cuerpo grácil, por la ausencia de barba, y puesto que el niño carece de simiente, *ergo et mulieres*²⁷. Para los galenistas, al contrario, se trata de una auténtica simiente, un hervidero de espíritus. Todo ese aparato de la hembra debe servir para algo, afirma el danés y galenista Caspar Bartholin (1655-1738), descubridor de las llamadas glándulas de Bartolino²⁸: «Su uso [de los testículos femeninos] consiste en elaborar la simiente, como demuestran la razón y la experiencia. Y me sorprende que Aristóteles se haya atrevido a defender lo contrario»²⁹. Los galenistas señalan el *conceptus*, mezcla de las dos simientes, como origen de la gestación de un nuevo ser.

Otro argumento a favor de la fertilidad de la simiente femenina, en el que van a insistir los galenistas de los siglos XVI al XVIII, es el del placer de la mujer en la cópula. En el hombre, el goce acompaña la emisión de espermatozoides; así que, si la mujer siente placer, es porque también emite una simiente: «Las mujeres sienten sin duda tanto placer en el amor como los hombres. Y si los hombres sienten placer es porque emiten espermatozoides. *Ergo et mulieres*³⁰». Además, los vapores, los ataques de histeria no son otra cosa que efectos del «sofocación de la matriz» que afecta a las «mujeres sin hombre», como decía Galeno, es decir a las jóvenes núbiles aún vírgenes, a las viudas jóvenes o a las religiosas, puesto que retienen el líquido seminal en la matriz y el excremento, al quedarse dentro, se pudre en el interior, provocando la producción de bilis negra (y en consecuencia la melancolía) o la gasificación del flujo, que se convierte así en «pernicioso como veneno»³¹.

Pero los neoaristotélicos replican con argumentos tomados de Aristóteles: la prueba de que la argumentación galénica es falsa es que las mujeres pueden concebir

²⁶ GALENO, *De semine*, Kühn, t. IV.

²⁷ MUNDINUS MUNDINIUS, *Disputatio in tres partes divisa, in qua ea, quae de semine sunt controversa inter Peripateticos, et Veteres Medici, et doctissimos quosdam Neotericos accuratissime discutuntur*, Treviso, Aurelio Reghettini, 1609, fº 3, vº.

²⁸ Glándulas de Bartolino o glándulas vestibulares mayores, secretoras de mucus que lubrica los labios vaginales.

²⁹ CASPAR BARTHOLIN, *Institutiones anatomiques*, aumentadas por Thomas Bartholin, traducidas por Abraham du Prat, París, Mathurin Hénault, 1647, p. 175.

³⁰ MUNDINUS MUNDINIUS, *De genitura pro galenicis adversus peripateticos*, Venecia, Evangelista Deuchin, 1622, p. 31.

³¹ GUY PATIN, *Traité de la conservation de la santé*, París, Jean Jost, 1632, p. 109.



sin placer, y si alguna vez sienten placer es debido al *motus titillativus* de los espíritus contenidos en el esperma masculino al precipitarse en la cavidad femenina. El verdadero fluido femenino es la sangre menstrual, puesto que es húmeda y fría como la mujer misma; frente al esperma masculino, caliente como el hombre. Y pensar que la mujer pueda producir dos flujos al mismo tiempo, uno caliente y otro frío, es tildado de *absurdissimum*³².

Aunque la teoría aristotélica contará con gran predicamento durante la Edad Media y el Renacimiento, los médicos parecen inclinarse por la teoría de su congénere, ya desde Avicena; así, encontramos numerosos *Regímenes de salud* que aconsejan, en el coito, que el hombre excite a su compañera con el fin de provocar un goce simultáneo, o casi, pues para que el *conceptum* cohesione lo ideal es que la emisión de ambos espermatozoides sea simultánea. Así, por ejemplo, el *Régimen de salud* de Guido Parato, médico del duque de Milán, escrito en 1459 para Felipe el Bueno, duque de Borgoña³³:

El hombre que está en plena faena, y si tiene mujer de buena complexión, debe alargar la cópula y manipular los pechos y los pezones, y decir palabras de amor con gracia, e ir a su encuentro sin sacudirla demasiado enérgicamente, hasta que vea a su compañera desear la cosa. Y reconocerá que así es cuando la vea hablar acaloradamente, y cómo se le ponen rojos los ojos, y cómo se acelera su aliento y emite sonoros suspiros. Entonces debe emplearse a conciencia y obrar alzándola y manejando y frotando con el dedo el vientre y las ingles pues ahí es donde se encuentra el placer y la delectación de ella. Y luego debe dejar su simiente en dicho lugar. Y no es bueno que el hombre cumpla antes que la mujer, sino que deben hacerlo juntos o la mujer un poco antes³⁴.

Porque el coito solo es abordado por padres de la Iglesia, filósofos, científicos o médicos en el marco de la legitimidad marital y con una función genésica. Lo importante es engendrar, y la cópula solo aparece justificada si la intención de ambos cónyuges es la de procrear. Únicamente en ese marco se entiende la sexualidad de la pareja, y solamente desde esa perspectiva, y a partir de las teorías de Galeno, se aborda la cuestión del goce femenino.

A pesar de la gran influencia de Aristóteles en el pensamiento filosófico y médico desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XVII, y aún más allá, la teoría de la doble simiente se impone en las mentalidades de manera casi general hasta culminar en el *best-seller* de Nicolas Venette, médico de La Rochelle, neoaristotélico y sin embargo partidario declarado de la teoría de los dos espermatozoides, que le sirve de base para su argumentación a favor de las relaciones sexuales frecuentes

³² MUNDINUS MUNDINIUS, *Disputatio...*, fº 3, vº.

³³ En realidad, copia del *Regimen Sanitatis* de Maino de Mainieri con extractos del de Arnau de Vilanova destinado al rey de Aragón.

³⁴ Citado por J. ROSSIAUD, *op. cit.*, p. 103.



y relajadas entre los dos cónyuges. Su obra, titulada *Pintura del amor conyugal*³⁵, publicada en 1686 y sistemáticamente reeditada hasta el siglo XIX, sirvió de manual de educación sexual durante todo el Antiguo Régimen. Venette, en plena época de crisis de natalidad en Francia (1661-1664, la más grave del siglo)³⁶, compone el que va a ser considerado como el primer tratado de sexología en Occidente, con el fin de animar a los esposos a mantener relaciones sexuales fructíferas. El goce femenino ocupa en esta obra un papel fundamental porque, como él mismo afirma, solo así el coito será productivo. Es cierto que el libro está dirigido a lectores varones y no a mujeres. En este sentido no podemos considerarlo como un manual de educación sexual válido para las féminas. Pero podemos imaginar la educación práctica recibida por las mujeres a través de sus maridos, lectores de la *Pintura*. Venette admite que la mujer tarda más en gozar. Y como ese goce es necesario para que se produzca la gestación, anima al varón a perder hasta cinco veces sus espíritus para lograr que la mujer los pierda una sola³⁷. Venette aconseja una sola postura, «la más común» por ser «la más lícita» pero también «la más voluptuosa» puesto que «se habla boca a boca, se besa y se acaricia» pero sobre todo porque es la única en la que la simiente masculina se recibe bien en el interior de la mujer, y se mezcla con la suya, de manera que se forme «un niño cumplido en todas sus partes»³⁸.

Vemos pues cómo, a pesar de que la sexualidad y el saber médico evolucionen y progresen a lo largo de la Edad Media, alejándose de las antiguas teorías aristotélicas y galenistas, tal y como han demostrado Danielle Jacquart y Claude Thomasset en su obra referencial³⁹, la influencia de éstas perdura, y el *Corpus Hippocraticum* y los escritos de Galeno siguen siendo las obras de cabecera de muchos médicos interesados por las patologías relacionadas con la sexualidad y sobre todo con las cuestiones genésicas. De hecho, el cambio total del que habla Laqueur, a partir del descubrimiento de que los testículos femeninos no son tales sino ovarios (en el *Tratado de los órganos genitales femeninos* de Reinier De Graaf, 1672) y el descubrimiento de los espermatozoides («gusanillos») por Louis de Ham y el reconocimiento por Van Leewenhoek en 1677 de los «animálculos» que pueblan el esperma masculino, ausentes en el femenino, en carta enviada a la Royal Society, no concluirá hasta la publicación de la obra de Pierre-Joseph Van Beneden en 1875, quien establece la

³⁵ NICOLAS VENETTE, *La Génération de l'homme ou Tableau de l'amour conjugal considéré en l'état du mariage*, Amsterdam, 1686; esta obra conoció veintitrés ediciones a lo largo del siglo XVIII y fue traducida al castellano en 1826; reed. Colonia, C. JOLY, 1696. También traducida al castellano como *Del amor conyugal* o *El Arte del amor conyugal*.

³⁶ Recordemos que de cada cien niños que nacen, cincuenta mueren antes de alcanzar la edad adulta, y que la media de edad de los franceses es de veinticinco años.

³⁷ Reconoce que la sexta es imposible puesto que «aunque tengamos unas ganas secretas de continuar con nuestras caricias amorosas, nuestras partes están heladas», N. VENETTE, *op. cit.*, p. 202-203.

³⁸ *Ibidem*, p. 249.

³⁹ D. JACQUART y C. THOMASSET, *Sexualité et savoir médical au Moyen Âge*, París, PUF, 1985.



verdadera naturaleza de la fecundación⁴⁰, cerrando así la querrela de ovistas y animalculistas. De hecho encontramos a finales del siglo XVIII a científicos y sabios que niegan la existencia de los animalculos y defienden que el semen puede actuar a distancia por un vapor que exhala, el *aura seminalis*⁴¹.

3. UNA EDUCACIÓN SEXUAL

Sirva esta larga primera parte de mi exposición para defender que hasta bien entrado el siglo XVIII existe una creencia muy extendida de que el coito ha de ser gozoso para ambos cónyuges si quiere ser fructífero, lo que, como ya hemos dicho, normalizaba, incluso por parte de la Iglesia, el goce femenino, siempre y cuando los fines fueran genésicos, y solo en el marco de la pareja reconocida y consagrada como legítima. Pero el goce ha de ser auténtico y, como ya señalaba Venette, no es fácil que una mujer goce ‘de verdad’. Para ello tiene que conocer su cuerpo o, lo que viene a ser lo mismo, haber recibido cierta educación sexual. Philippe Ariès⁴² y Hélène Laberge han demostrado que existía una educación sexual en la Edad Media y el Renacimiento, asegurada por la comunidad familiar, basada fundamentalmente en una praxis que lejos de ocultarse a los niños, se exhibía con una naturalidad carente de todo pudor. Philippe Ariès, explica, efectivamente, que durante el Antiguo Régimen los niños se metían en la misma cama sin distinción de sexo, y que también se acostaban con los adultos, padres o sirvientes. Este estudioso de la infancia en el Antiguo Régimen narra, por ejemplo, que el pequeño Luis XIII, de tres años, se acostaba con su nodriza y el marido de ésta, y cómo el futuro monarca sería testigo de las relaciones sexuales de ambos, que contaría después inocente pero inequívocamente a su padre y al médico real. Esta extrema libertad frente a los niños, ya desde la Edad Media, se explica, según Ariès, porque, en primer lugar, «se creía al niño impúber ajeno e indiferente a la sexualidad. De suerte que los gestos, las alusiones carecían de consecuencias con él, se hacían gratuitos y perdían su especificidad sexual, se neutralizaban», y en segundo lugar porque «todavía no existía el sentimiento de que las referencias a las cosas sexuales [...] pudieran mancillar la inocencia infantil». Como seres asexuados, insiste Ariès, siguen siendo percibidos en el siglo xv, aunque ya empiezan a aparecer tratados como el del padre Jean Gerson para uso de confesores titulado *De confessione mollicei* (Lyon, 1405), donde el autor galo, haciendo gala de sus conocimientos sobre las prácticas sexuales infantiles, pone en guardia

⁴⁰ Edouard Van Beneden (1809-1894), zoólogo, aportó el conocimiento fundamental del mecanismo de la división celular y de la fecundación del huevo por el espermatozoide, demostrando que el huevo virgen es una célula viva autónoma del organismo materno y capaz de multiplicación por fecundación. Véase I. DELGADO ECHEVERRÍA, *El descubrimiento de los cromosomas sexuales*, Madrid, CSIC, 2007.

⁴¹ Tesis defendida ya en el siglo XVI por Girolamo Fabrizi d'Acquapendente, discípulo de Falloppio y profesor de William Harvey.

⁴² P. ARIÈS, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960.



a sus congéneres contra la promiscuidad en la cama, los juegos sin vigilancia o las canciones licenciosas, y sugiere dejar la luz de los dormitorios encendida durante la noche para así evitar que entren niños ajenos a la institución o el contacto de los niños con la servidumbre cuando los maestros no están presentes. Aún en el siglo XVI, en sus *Coloquios* (1522), Erasmo de Rotterdam aborda cuestiones de sexo que, según el propio Norbert Elias⁴³, después han desaparecido por completo del horizonte infantil, de manera particular desde Jean-Jacques Rousseau y su enunciado en el *Émile* de la sociedad que pervierte al niño. También es cierto que Erasmo habla de prostitutas y burdeles y se dirige, pues, a los varones y no a las jovencitas.

Pero como subraya Ariès, habrá que esperar a finales del siglo XVIII para ver imperar una estricta disciplina en los colegios. Los preceptos de Gerson aparecen efectivamente más como deseos que como prescripciones eficaces. En los medios protestantes, los *Coloquios* de Verdier sustituirán a los de Erasmo, considerados demasiado atrevidos. Así es como, poco a poco, se va llevando a cabo la reforma de las costumbres que se iniciará en el siglo XVII y se concluirá en el siglo XVIII.

Además de en el entorno familiar, los jóvenes varones de elevado rango podían recibir una educación sexual específica, como le sucederá a principios del siglo XVIII al Delfín de Francia y futuro Luis XV, a quien se le mostrarán una serie de doce grabados de los más elocuentes realizados por Boucher para su educación en las distintas posturas eróticas más favorables a la penetración y por consiguiente a la generación, aquí tanto más importante cuanto que se trata de dar vástagos para reinar en Francia. Las jóvenes de clases elevadas no recibían, claro está, la misma educación, y el estudio de Georges Duby acerca del entorno familiar como represor de la mujer en ese *Mâle Moyen Âge* (aunque haya sido matizado después por investigadores de renombre como Amy Livingstone) parece indicar que la joven llegaba, o al menos así debía ser, virgen de cuerpo y espíritu al matrimonio. Para luego llevar en su seno una conducta «honesta».

Si esto sucede en el espacio privado, tanto más en el público. Las diferentes ramas de la *scientia sexualis*, es decir del discurso de autoridad, tienen por único objeto normalizar, prevenir, reprimir, castigar. Y ello de manera particular cuando son los hombres, y además eclesiásticos, quienes se encargan de escribirla. Los penitenciales de los siglos VI a XI, estudiados por Jean-Louis Flandrin, establecían los periodos en los que se exigía la continencia erótica a los cónyuges según dos ciclos distintos, el fisiológico de la mujer (se prohibían las relaciones sexuales durante la menstruación, durante el embarazo, aunque las penas eran veniales siempre y cuando no afectara a la salud del feto, inmediatamente después del parto, durante la lactancia, por ser periodo estéril) y el del calendario litúrgico (semanal: miércoles y viernes, días de penitencia y duelo, y sábado y domingo por ser víspera y día del Señor; y anual: las llamadas tres cuaresmas, además de ciertos días festivos y los días de ayuno).

⁴³ N. ELIAS, *La Civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, Le Livre de poche, Pluriel, 1973.



Se ha hablado ya mucho del *mâle Moyen Âge* de Georges Duby⁴⁴, así que no volveré a ello. Simplemente querría, para entrar a tratar ya directamente lo que podríamos calificar de educación sexual femenina en la Edad Media y el Renacimiento, apuntar la importancia que tuvieron las comadronas como iniciadoras sexuales de las mujeres desde la Edad Media hasta el siglo XVIII.

4. LAS COMADRONAS O MUJERES SABIAS

En francés se dice *sages-femmes*, mujeres sabias, y se dice, o se decía, bien. El oficio de comadrona es uno de los más antiguos de la historia de la humanidad. Es una de las figuras familiares más antiguas de los espacios domésticos. Durante siglos, se ha formado gracias a la transmisión oral y el aprendizaje práctico como asistente antes de hacerse autónoma.

En la Grecia hipocrática, solo las Olimpias, es decir las comadronas, podían examinar, tocar el cuerpo de las mujeres. Gozaban del estatuto de sacerdotisas y estaban dotadas de poderes sobrenaturales conferidos por los dioses mismos. Estas mujeres, que tenían que haber nacido libres, eran muy respetadas y pertenecían al linaje del culto a Artemisa, diosa de la caza y los animales salvajes pero también de la virginidad, de las vírgenes, a las que curaba de sus «enfermedades femeninas», así como de la fecundidad. Era la diosa a la que se encomendaban las parturientas. Las flechas que porta como diosa cazadora también pueden entenderse como símbolos fálicos y como las correspondientes posibilidades de la mujer de quedarse embarazada bajo sus auspicios. Artemisa sería, pues, la patrona de las comadronas o si se prefiere la primera mujer sabia de Occidente.

Como he dicho, solo las comadronas, que habían superado ya la edad de engendrar, tenían acceso al cuerpo femenino. Tampoco podían ser estériles, porque debían poseer la sabiduría que solo procura la experiencia. Como la medicina de las mujeres pertenecía a las mujeres, los tratados hipocráticos y posthipocráticos sobre el embarazo o sobre las enfermedades de las mujeres eran un compendio de relatos de comadronas. Su función como iniciadoras al deseo y el placer femeninos hace de esas sacerdotisas unas figuras cercanas a las hetairas, y a menudo se asocia a la célebre Aspasia al universo de las comadronas.

En Roma, las obstetras, bajo los auspicios de Diana, avatar romano de Artemisa, eran muy estimadas y podían jugar el papel de expertas ante la justicia, según la *Lex Cornelia de sicariis et ueneficiis*⁴⁵. La *medica*, comadrona romana, como la matrona griega, no se limitaba a asistir en los partos, sino que era realmente el

⁴⁴ G. DUBY, *Mâle Moyen Âge: de l'amour et autres essais*, París, Flammarion, 1988, reed. 2010.

⁴⁵ Vieja ley de Sylla (81 a.C.) que reprime el asesinato y el envenenamiento, en vigor hasta la época de Justiniano. En caso de divorcio, el pretor podía solicitar la opinión de tres comadronas. Véase M. COULON-ARPIN, *La Maternité et les sages-femmes*, París, Roger Dacosta, 1982, y D. GOUTÉVITCH, *Le Mal d'être femme. La femme et la médecine à Rome*, París, Les Belles Lettres, col. «Realia», 1984.



médico de las mujeres, que curaba las enfermedades llamadas femeninas y sabía provocar, según demanda, abortos en casos de embarazos no deseados.

Las prácticas abortivas parecen ser fundamentales para la reputación de las comadronas de la Edad Media, que se convierten en «curanderas», procurando remedios a base de plantas para disminuir la fertilidad o facilitar la pérdida del embrión. Por otra parte, la limitación progresiva del acceso de la mujer al saber contribuye igualmente a constituir esa figura de una comadrona bruja de conocimientos limitados y mágico-empíricos⁴⁶. El precio que tuvieron que pagar fue caro puesto que formaron parte de las 30.000 a 50.000 brujas quemadas durante más de trescientos años en Europa⁴⁷. A esta figuración negativa de la comadrona contribuía el imaginario de un cuerpo frágil y poroso de la mujer, abierto a todas las penetraciones diabólicas. La «ventrera», como así se le llamaba también, continuó su aventura e incluso si los médicos desplegaban progresivamente su influencia sobre el cuerpo femenino, sobre todo a partir de la instauración de la práctica de la disección, se convirtió de nuevo en una persona indispensable y de gran reputación en el Renacimiento. La primera gran matrona europea fue Trótula⁴⁸, médica salernitana de siglo XI, autora del primer tratado de ginecología atribuido a una mujer, *De passionibus mulierum ante, in et post partum*. Esta sabia y hermosa *sapiens matrona*, autora de dicho tratado, también conocido como *Trotula maior*, y de otro sobre higiene y cosmética denominado *Trotula minor*, es emblemática pues sirve de modelo a sus sucesoras en la Edad Media y el Renacimiento, que no estaban sujetas al *pudoris causa* y, en consecuencia, su examen era directo y no indirecto como el de los hombres, que tenían que recurrir a la uroscopía⁴⁹ para diagnosticar las enfermedades femeninas.

La más importante de las antiguas matronas de Francia será, sin duda alguna, Louise Bourgeois, discípula de Ambroise Paré, célebre por haber asistido seis partos de la reina María de Médicis, pero sobre todo por ser la primera autora de un tratado sobre la esterilidad, la «pérdida del fruto», la fecundidad y el parto⁵⁰. La primera parte de este tratado es el que nos interesa por ser más práctica que técnica. Louise Bourgeois, aunque reconoce que hay más mujeres estériles que hombres, subraya

⁴⁶ M. COULON-ARPIN, *op. cit.*, t. II.

⁴⁷ J. DALL'AVA SENTUCCI, *Des sorcières aux mandarines: Histoire des femmes médecins*, París, Calmann-Lévy, 1994; E. DORLIN, *La Matrice et la race. Généalogie sexuelle et coloniale de la nation française*, París, La Découverte, 2006.

⁴⁸ F. BERTINI, «Trotula le médecin», en AA. VV., *Les Femmes au Moyen Âge*, París, Hachette, 1991, p. 161-190.

⁴⁹ L. MOULINIER-BROGI, «Virginité, maternité et maux du corps féminin au prisme de l'uroscopie médiévale», en C. MCCLIVE y N. PELLEGRIN, *Femmes en fleurs, femmes en corps. Sang, Santé, Sexualités du Moyen Âge aux Lumières*, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2010, p. 21-36.

⁵⁰ LOUISE BOURGEOIS (1563-1636), *Observations diverses sur la sterilité, perte de fruit & foecundite, accouchements et Maladies des femmes et enfantz nouveaux naiz/ Amplement traicttées et heureusement praticques par L. Bourgeois dite Boursier sage femme de la Roine/Oeuvre util et necessaire à toute personnes/ Dedie à la Roine*, París, chez Abraham Saugrain, 1609, reeditado en numerosas ocasiones; disponible la edición de 1609 en Amazon.uk, y la de 1626 en Gallica.



«que el impedimento de las mujeres es más curable que el de los hombres»⁵¹. Las «flores blancas»⁵² son para la autora una de las primeras causas de esterilidad por ser el síntoma de retención de la menstruación. Como la mujer es húmeda y fría, el frío extremo o frigidez de algunas de ellas es causa de esterilidad. Y el mal de esterilidad vuelve a las mujeres melancólicas, por lo que permanecen largo tiempo sentadas y llorosas. Los movimientos de la matriz insatisfecha pueden además provocar ventosidades que, llegado el caso, impiden el goce femenino y con ello la procreación. Por supuesto también existe la extrema sequedad como causa de esterilidad (a veces debido al inmoderado gusto por el vino). En todos los casos, los remedios son caseros, a base de hierbas medicinales, polvos a base de acero, azúcar y canela, o bien se aconseja beber una buena pinta de vino blanco, u otros regímenes alimenticios.

Pero los consejos más eficaces de las matronas para acabar con la esterilidad femenina son los de cómo manipularse una misma para estar a punto de recibir al hombre y alcanzar el goce mutuo y simultáneo.

En el siglo XVIII, Angélique Le Boursier de Coudray, matrona del siglo XVIII, tras el descubrimiento de los animáculos, se ha convertido en una partera, que escribe un tratado para ayudar a las mujeres en el parto, y que confecciona una muñeca que ayude a las novatas a conocer cómo ayudar en los partos. Nada más meritorio, pero hemos de constatar que dice mucho del drama que ha sufrido la mujer tras el olvido de la doble simiente. Antes, al menos, la mujer estaba segura de tener un orgasmo una vez al año, porque ese era el ritmo procreador, teniendo en cuenta la necesidad de sucesores, de mano de obra y la mortandad infantil elevadísima. A partir del fatal descubrimientos de los animáculos la mujer ya no necesitará gozar para procrear, para parir.

5. EL GOCE POR EL GOCE

Únicamente Sade, ya en el crepúsculo del Antiguo Régimen, será capaz de imaginar el goce femenino fuera del contexto procreador, ensalzando al ser humano femenino como superior con respecto al hombre por beneficiar de un órgano único en las especies vivas: el clítoris, sin ninguna funcionalidad reproductiva, con el solo fin de procurar placer a la mujer. Pero eso ya es otra historia.

Recibido: 17-11-2015

Aceptado: 13-2-2016

⁵¹ *Ibidem*, p. 2.

⁵² Flujo abundante no sangrante procedente del aparato genital femenino (las reglas eran conocidas con el nombre de «flores», debido a la confusión entre «flores» y «flúores», flujos, en latín).



BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

- ARISTÓTELES, *De Partibus Animalium, De Motu Animalium, De Incessu Animalium*. Trad. Rosana Bartolomé, ed. y notas, Alfredo Marcos. http://www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/textos/Textos_2013/Aristoteles_Obra_biologica.pdf.
- *Peri tà zôa Historíai. Traité de la génération des animaux*. Trad. y notas J.B. Saint-Hilaire, París, Hachette, 1883. <http://remacle.org/bloodwolf/philosophes/Aristote/generation193.htm>.
- BARTHOLIN, Caspar, *Institutions anatomiques*. Aumentadas por Thomas Bartholin, traducidas por Abraham du Prat, París, Mathurin Hénault.
- BOURGEOIS, Louise (1563-1636), *Observations diverses sur la sterilité, perte de fruit & foecundité, accouchements et Maladies des femmes et enfantz nouveaux naiz / Amplement traicttées et heureusement praticquées par L. Bourgeois dite Boursier sage femme de la Roine / Oeuvre util et necessaire à toute personnes / Dedie à la Roine*, París, chez Abraham Saugrain, 1609.
- FRAGOSO, Juan, *Erotemas cirúrgicas*. Madrid, 1571. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/erotemas-chirurgicos-en-los-que-se-ensena-todo-lo-mas-necesario-del-arte-de-cyurgia>.
- BONNET-CADILHAC, Christine. Tesis doctoral. <http://www.biusante.parisdescartes.fr/ressources/pdf/histmed-asclepiades-pdf-bonnet.pdf>.
- DAREMBERG, Charles, *Œuvres médicales choisies*. Trad., selección, presentación y notas por André Pichot, t. I, París, Gallimard, 1994.
- LACY, Phillip de (ed.), *Corpus Medicorum Graecorum*. Leipzig, 1992.
- NICKEL, Diethard (ed.), *Corpus Medicorum Graecorum*. Berlín, 1971.
- HUARTE DE SAN JUAN, Juan, *Examen de Ingenios para las Ciencias*. Baeza, Juan Bautista de Montoya, 1575. http://electroneubio.secyt.gov.ar/Juan_Huarte_de_San_Juan_Examen_de_ingenios.pdf.
- MUNDINUS MUNDINIUS, *Disputatio in tres partes divisa, in qua ea, quae de semine sunt controversa inter Peripateticos, et Veteres Medici, et doctissimos quosdam Neotericos accuratissime discutuntur*. Treviso, Aurelio Reghettini, 1609.
- NEMESIO DE EMESA, *La Nature de l'homme*. Ed. fr. J.B. Thibault, París, Hachette, 1864. <https://archive.org/details/NemesiusDeEmesaTextoCompletoNemesioDeEmesa>.
- PARÉ, Ambroise, *Œuvres*, 1585. <http://archive.nlm.nih.gov/proj/ttp/flash/pare/pare.html>.
- PATIN, Guy, *Traité de la conservation de la santé*. París, Jean Jost, 1632.
- PLATÓN, *Timeo*. (ed.) Patricio de Azcárate, 1871. <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf06131.pdf>.
- VENETTE, Nicolas, *La Génération de l'homme ou Tableau de l'amour conjugal considéré en l'état du mariage*. Amsterdam, 1686.

OBRAS CRÍTICAS

- AA. VV., *Femmes en fleurs, femmes en corps. Sang, Santé, Sexualités, du Moyen Âge aux Lumières*. Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2010.
- *Les Femmes au Moyen Âge*. París, Hachette, 1991.



- ARIÈS, Philippe, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris, Plon, 1960.
- BERRIOT-SALVADORE, Évelyne, *Un corps, un destin. La femme dans la médecine de la Renaissance*. Paris, Champion, 1993.
- CANET, José Luis, «La mujer venenosa en la época medieval». *Parnaseo*. http://parnaseo.uv.es/lemit/revista/revista1/Mujer_venenosa.pdf.
- CASSAGNES-BROUQUET, Sophie, *La Vie des femmes au Moyen Âge*. Rennes, Ouest-France, 2014.
- COULON-ARPIN, Madeleine, *La Maternité et les sages-femmes*. Paris, Roger Dacosta, 1982.
- DALL'AVA SENTUCCI, Josette, *Des sorcières aux mandarines: Histoire des femmes médecins*. Paris, Calmann-Lévy, 1994.
- DELGADO ECHEVERRÍA, Isabel, *El descubrimiento de los cromosomas sexuales*. Madrid, CSIC, 2007.
- DORLIN, Elsa, *La Matrice et la race. Généalogie sexuelle et coloniale de la nation française*. Paris, La Découverte, 2006.
- DUBY, Georges, *Mâle Moyen Âge: de l'amour et autres essais*. Paris, Flammarion, 1988, reed. 2010.
- ELIAS, Norbert, *La Civilisation des mœurs*. Paris, Calmann-Lévy, 1973.
- GOUTÉVITCH, Danille, *Le Mal d'être femme. La femme et la médecine à Rome*. Paris, Les Belles Lettres, col. «Realia», 1984.
- JACQUART, Danielle y THOMASSET, Claude, *Sexualité et savoir médical*. Paris, PUF, 1985; trad. castellano: *Sexualidad y Saber Médico en la Edad Media*. Barcelona, Labor Universitaria, 1989.
- KING, Hellen, «The mathematics of sex: one to two, or two to one?». *Studies in Medieval and Renaissance History*, 3.^a serie, vol. 2 (2005), pp. 47-58.
- LAQUEUR, Thomas, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, Harvard University Press, 1990.
- MCCLIVE, Cathy y PELLEGRIN, Nicole (eds.), *Femmes en fleurs, femmes en corps. Sang, Santé, Sexualités du Moyen Âge aux Lumières*. Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2010.
- MARTOS, Ana, *Historia medieval del sexo y del erotismo. La desconocida historia de la querrela del esperma femenino y otros pleitos*. Madrid, Nowtilus, 2008.
- VÁZQUEZ, Lydia, *L'Orgasme féminin au XVIII^e siècle. Libération ou nouvel asservissement?* La Rochelle, Himeros, 2014.

